

## 012. Los sabios más grandes

Hay en la Biblia una escena conmovedora, cuando nos muestra a Moisés ante la Tierra Prometida, en la cual quiere entrar, pero Dios le detiene los pasos.

Todos la hemos contemplado, casi con emoción, como final de esa gran película de *Los Diez Mandamientos*.

Moisés ha sacado de Egipto al pueblo hebreo, al que durante cuarenta años encamina por el desierto entre fatigas innumerables. Y reconoce que sólo a Dios se le puede atribuir semejante epopeya:

- *Señor Dios, tú has mostrado a este tu siervo tu grandeza y tu mano poderosa. ¿Qué otro dios, en el cielo o en la tierra, puede realizar las hazañas y los portentos que tú has hecho?*

A Dios le complace esta humilde confesión y este reconocimiento de Moisés, que ahora pide con insistencia:

- *Déjame pasar al otro lado, para que vea desde allí los campos de la otra parte del Jordán, sus bellas montañas y el imponente Líbano.*

Pero Dios le responde severo:

- *¡Basta, y no me hables más de eso! Sube a la montaña, y conténtate con mirar al norte y al sur, al oriente y al occidente. Desde allí lo verás todo. ¡Pero no te dejes pasar este río Jordán! Ya lo hará por ti Josué.*

Así que Moisés le encargó a Josué:

- *¡Sé valiente! Ponte a la cabeza de este pueblo, y mete tú a Israel en el bello país que vas a ver.*

Ahora se dirige a todo el pueblo, y le reclama:

- *Por culpa vuestra se enojó Dios contra mí, y ahora en castigo no me deja entrar en la tierra que os prometió. Vosotros, que os habéis mantenido fieles, estáis todos en camino y a punto de entrar.*

Emocionado y triste, pero con gran convicción, encarga a todos los israelitas:

- *Cuando entréis en esa Tierra Prometida, guardad todos los mandamientos y prescripciones que yo os he dado de parte de Dios. Al conocerlos las otras gentes, y viendo cómo los guardáis, dirán admirados: ¡En verdad, que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente!*

Y les recuerda, por fin:

- *Sed fieles a Dios. ¿Hay alguna nación que tenga un dios tan vecino como nosotros? Ninguna. Porque nosotros tenemos un Dios cercanísimo, que nos escucha siempre que lo invocamos.*

Moisés murió. En su lugar, y cumpliendo Dios su palabra, mandó a Israel, y por Israel al mundo entero, el nuevo Profeta, el nuevo Legislador, el nuevo Moisés, *Jesucristo*.

Y será Jesucristo quien meterá al Israel de Dios en la Patria Prometida de la Gloria, de la que era un signo aquella tierra de Palestina en la que entraban las tribus de Jacob... (Deuteronomio 3, 23-29; 4,1-8)

Esta página de la Biblia hace reflexionar mucho. Nos hace entender la respuesta que Jesús dio en el Evangelio al joven que le preguntaba:

- *¿Qué debo hacer para entrar en la vida eterna?.*

Y Jesús fue preciso y lacónico, más que Moisés dirigiéndose al pueblo:

- *Guarda los Mandamientos (Mateo 19, 16-19)*

Es el único camino que tenemos para entrar en la Tierra Prometida de la Gloria.

Israel se gloriaba, con toda razón, de lo sabia que era su legislación, recibida de Dios directamente.

Y con esta mentalidad y convicción se ofrecía el pueblo judío a los otros pueblos como norma de conducta, cuando guardaba fielmente la ley de su Dios.

La Iglesia, nuevo Israel de Dios, ofrece también al mundo entero su ley de amor, el Evangelio de Jesucristo, mientras le dice:

- *Venid y observad. Es la ley de nuestro Dios. Os hará sabios y santos, como es santo y sabio Jesucristo, nuestro Jefe y nuestro Dios.*

Lo malo sería únicamente que las gentes nos respondieran:

- *¿Y el testimonio vuestro?...*

La Iglesia Católica ha llamado a Jesucristo en el último Concilio, tomando la expresión del Evangelio, *Luz de las Naciones*, y ella misma se ha visto como la encargada de transmitir a todos los pueblos esta luz que le confiara Jesucristo.

Con humildad, la Iglesia reconoce que en otros pueblos y en otras civilizaciones, algunas de ellas muy antiguas —como, por ejemplo, en la India, el Japón o la China—, hay destellos de la única verdad de Dios, recibida de Dios mismo desde la creación del hombre.

Apreciando debidamente la verdad que conservan esos pueblos venerables, la Iglesia, sin embargo, les ofrece la luz plena de Dios venida al mundo por Jesucristo.

Lo que nosotros necesitamos, para cumplir esta misión que nos encomendó Jesucristo, es demostrar con nuestra manera de proceder —igual que los judíos con la Ley de Moisés— la superioridad de la Doctrina del Evangelio sobre todas las enseñanzas de los demás pueblos.

Al mundo, que está clamando por un Salvador, nosotros le decimos, convencidos de nuestra verdad:

- *Quedaos con nuestro Dios. Quedaos con Jesucristo. No busquéis otros dioses de oro o de placer, ni otros mensajeros mentirosos, que os dejan, que se acaban, que mueren... Nuestro Dios, con Jesucristo su Enviado, es el Dios más cercano, el que no falla nunca. ¡Probadlo!...*